

REFLEXIÓN SEMANAL

DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO

Gn 18, 1-10; Sal 14; Col 1, 24-28; Lc 10, 38-42

Yendo ellos de camino, entró en un pueblo; y una mujer llamada Marta, le recibió en su casa. Tenía ella una hermana llamada María, que, sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra, mientras María estaba atareada en muchos quehaceres. Al fin se paró y dijo: «Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en el trabajo?. Dile, pues, que me ayude». Le respondió el Señor: «Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas; y hay necesidad de pocas, o mejor, de una sola. María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada.».

La semana pasada la liturgia nos presentaba la parábola del samaritano, a través de la cual se nos hacía presente que el amor al prójimo se inspira en el Amor de Cristo a todo hombre, sin acepción alguna, porque Cristo con su muerte en Cruz reconcilia a la humanidad con el Padre. Así, a la pregunta del escriba: «¿...qué tengo que hacer para tener vida eterna?», la respuesta es el credo de Israel: «...amarás al Señor tu Dios..., y al prójimo como a ti mismo...». Y frente a la segunda interrogante de éste: «¿...y quién es mi prójimo,...?», se nos hace presente al buen samaritano, aquel que vive el amor al prójimo traducido en la entrega, en el servicio. Esta semana la liturgia nos presenta textos relacionados con nuestra actitud frente a la visita o presencia de Dios en nuestra vida. De esto nos habla el Evangelio de Marta y María. Acoger a Dios como Abrahán, a cualquier hora del día, en medio del trabajo, del quehacer diario teniendo conciencia de estar frente a Él. Escuchar al Señor, acogerlo, consiste fundamentalmente en tener una actitud compuesta de fe y de atención. El primer paso es comprender lo que el Señor quiere de cada uno de nosotros y para ello lo que cuenta es la disposición interior del corazón.

La primera lectura y el evangelio tienen una relación muy estrecha. En la primera lectura la hospitalidad de Abraham se ha visto enriquecida; porque él ha recibido una palabra, que lo ha invitado a salir de su tierra y de su parentela, después de la cual se ha puesto en camino, por consiguiente su hospitalidad no sólo responde a una actitud cultural sino principalmente a una apertura de la esperanza en la que vive, el deseo de que la Promesa – Palabra se cumpla, y por eso no sólo ve a tres peregrinos sino que, desde su esperanza, ve a Dios que de manera concreta y visible pasa por su vida. Los personajes preguntan a Abraham: «... ¿Dónde está tu mujer Sara?...». Y le prometen un hijo, este es el cumplimiento de la promesa que Dios había hecho a Abraham: «...Haré de ti un gran pueblo...».

La actitud de Abraham, llamado padre de la fe, nos indica la actitud que ha de tener todo creyente. Tenemos que señalar que para Abraham desde el momento en que una voz lo invita a salir de su tierra y de su parentela, su vida ha ido cambiando paulatinamente en la medida que él vivía en la esperanza del cumplimiento de la Promesa. Por eso cuando la primera lectura termina con la promesa de que tendrá un hijo aún en su vejez, se nos hace presente que nosotros no somos obstáculo a las promesas fieles de Dios, y que éstas se van realizando y aconteciendo en nuestra vida.

Podemos enlazar esta primera lectura con el evangelio que nos dice que María escuchaba atentamente a Jesús, esta actitud de estar «...a los pies del Maestro...», la de escuchar es también la actitud del discípulo. El evangelio nos hace referencia al discípulo en cuanto aquel que es instruido por el Maestro; por eso las palabras con las cuales Jesús responde a Marta: «...María ha escogido la mejor parte que no le será quitada...», porque de eso se trata, de que Dios pasa a nuestro lado, por nuestra vida y está en nosotros el elegir lo más importante: escuchar, acoger lo que tiene que decirnos, dejando las otras cosas, que muchas veces nos distraen de lo verdaderamente importante. Entonces podemos decir que el discípulo de Cristo es uno que no sólo es instruido en los misterios del Reino, sino que también es uno que se convierte en un testigo del Reino de los Cielos. Aquí encontramos un paralelismo con la primera lectura, pues Abraham es un hombre que vive de la Promesa de Dios, y María es una que vive de la Promesa del Reino, que se cumple en Cristo Jesús.

San Agustín nos dice al respecto: «...María eligió la mejor parte que no le será quitada. Pues eligió lo que siempre permanecerá y, por tanto, no le será quitado. Quiso ocuparse en una única cosa que ya poseía: Mi bien es estar unida a Dios (Sal 72,28). Se hallaba sentada a los pies de nuestra Cabeza, y cuanto más abajo sentada, tanto más recibía. El agua fluye a la profundidad del valle, deslizándose desde los collados encumbrados. No vituperó el Señor la obra de Marta, sino que distinguió los menesteres. Te afanas -le dijo- en muchas cosas y una sola es necesaria. Ésta ya la escogió para sí María. La preocupación por la multiplicidad de cosas pasa, mientras que el amor de la unidad permanece. Luego no le será quitado lo que eligió. Lo que tú elegiste, por el contrario -esto es lo que se deduce, lo que se sobreentiende-, lo que tu elegiste te será quitado, pero se te quitará para tu bien, para dársete lo que es mejor ...» (San Agustín, Sermón 104,1-4).

En esta perspectiva es necesario comprender que la hospitalidad de Marta no es negativa; pero en las palabras de Jesús dirigidas a ella, cuando reclama al Maestro porque su hermana no le ayuda: «...Marta, Marta te afanas de muchas cosas y sólo una es importante...», se nos está manifestando que al servicio, en la vida del discípulo, le debe preceder siempre la Palabra que viene de Dios, esta Palabra debe

ser como el motor que guíe la vida y la actividad del discípulo.

El venerable siervo de Dios Juan Pablo II nos dice al respecto: «... hay que notar la frase final de Jesús: "María ha elegido la parte mejor, que no le será quitada". De esta manera subraya, con fuerza, el valor fundamental e insustituible que, para nuestra existencia, tiene la escucha de la Palabra de Dios: ésta debe ser nuestro constante punto de referencia, nuestra luz y nuestra fuerza. Pero hay que escucharla. Hay que saber estar en silencio, crear espacios de soledad o, mejor, de encuentro reservado a una intimidad con el Señor. Hay que saber contemplar. Desgraciadamente, nuestra vida diaria corre el riesgo o incluso experimenta casos, más o menos difundidos, de contaminación interior.

Pero el contacto de fe con la Palabra del Señor nos purifica, nos eleva y nos vuelve a dar energía. Por tanto, tenemos que conservar siempre ante los ojos del corazón el misterio del amor, con que Dios ha venido a nuestro encuentro en su Hijo, Jesucristo: el objeto de nuestra contemplación está todo aquí, y de aquí procede nuestra salvación, el rescate de toda forma de alienación y, sobre todo, de la del pecado. En resumidas cuentas, estamos invitados a hacer como la otra María, la Madre de Jesús, la cual "guardaba todas estas cosas meditándolas en su corazón" (Lc 2, 19). Con esta condición no seremos hombres en una sola dimensión, sino ricos de la misma grandeza de Dios...» (Juan Pablo II, Homilía, 20 de julio de 1980).

Pbro. Oscar Balcazar Balcazar